







**Mónica Rodríguez** (*Oviedo, 1969*) le gusta escribir sobre las cosas invisibles, sobre lo que está presente y pasa desapercibido, sobre lo grande y lo pequeño. Lo que existe y lo que podría haber existido. Por sus libros le han concedido unos cuantos premios como el Cervantes Chico a toda su carrera en 2018 o el premio Nacional de LIJ en 2024.



**Rocío Araya** (*Bilbao, 1982*) dibuja mezclando intuición, juego y sentimiento, dando lugar a imágenes evocadoras que precisan del lector para ser completadas. Le gusta intentar nuevos caminos y descubrir algo diferente en cada imagen. Por sus ilustraciones y libros ha tenido algunos reconocimientos internacionales y en 2024 fue elegida por la fundación Maurice Sendak para su programa de becas artísticas en Nueva York.

MÓNICA RODRIGUEZ

# Bajo el asfalto, *la flor*

ROCÍO ARAYA

1ª edición: febrero de 2025

© Del texto: Mónica Rodríguez, 2025  
© De las ilustraciones: Rocío Araya, 2025  
© De esta edición: A Fin de Cuentos, 2025  
C/ Ripa 1- 2º B  
48001 Bilbao  
www.afindecuentos.com

Diseño y maquetación: Ina Hristova

ISBN: 978-84-19684-31-8  
Depósito Legal: LG BI 46-2025  
IBIC: YF/THEMA: YF

Colección: El pato salvaje

Novoprint S.A.  
Impreso en España – Printed in Spain




Este producto ha sido elaborado con materiales de bosques con certificados FSC y bien gestionados.

A Fin de Cuentos Editorial apoya la protección de los derechos de autor. Dirígete a CÉDRO, Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>, si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







Bajo el asfalto, hubo una vez una flor.  
Y junto a la flor, un valle.

Allí, donde está la farola de hierro había un árbol grande como un bosque, y había también un bosque y un viento que venía del sur y que no tenía nombre.

Y aquí, justo aquí, en esta calle de cemento que ahora cruzamos, había una tierra verde y un río de aguas sonoras como triángulos.

Fue en este bordillo, junto a la alcantarilla, donde crecía la flor.





Entonces no había ciudad  
ni patios, solo árboles, solo el río.  
Y ahí, cerca del río, llegó la carreta  
con los vendedores ambulantes.



La familia del vendedor ambulante era grande. Con él viajaban varios niños, un viejo y algunas gallinas. Iban todos en el carro, junto con la quincalla y con las cacerolas y los canastos que vendían luego por los pueblos. Montaron una tienda y de noche encendieron una fogata.

Las mujeres hacían cestas con varas de mimbre y cañas, y llevaban mantas por los hombros y el pelo suelto. El vendedor ambulante bebía café de una taza de cobre, miraba el cielo y nadie sabía qué pensaba.

El cielo era muy alto y muy negro y estaba lleno de estrellas. Las estrellas se reflejaban en las aguas del río. A los niños les gustaba mirar aquel cielo, que no tenía final. Y el río, que tampoco lo tenía.

El viejo empezó a contar una historia de una vez que se encontró a un oso dentro del carro y había mucha nieve. Tanta que parecía que había nevado dentro y allí estaba el oso. Los niños miraban en la negrura de la noche, alrededor de la hoguera, y todas las sombras les parecían osos y también la nieve.

